

## *La autoridad profética de Cristo*

1. En el año que vamos recorriendo, la Iglesia en su liturgia nos propone pasajes del Evangelio de san Marcos. Algunos especialistas sostienen que este texto es el más antiguo de los Evangelios y que nos ofrece la predicación del apóstol Pedro en Roma, recogida por el joven Marcos, que hacía las veces de su secretario particular. Es una narración muy viva, llena de detalles pintorescos que sugieren en su origen un testigo ocular de los hechos, el propio san Pedro.

En este escrito, se van alternando los gestos y las palabras de Jesucristo. La escena de hoy se ubica en Cafarnaún, la pequeña villa junto al mar de Galilea en donde vivían Pedro y Andrés. El Señor se dirige a la sinagoga y se pone a enseñar. Y se consigna expresamente que sus palabras causan *asombro* a sus interlocutores, porque les enseñaba *como quien tiene autoridad*<sup>1</sup>.

2. Vale la pena detenernos un poco en este punto. Desde muy antiguo había en el pueblo de Israel quien leyera e interpretara las Escrituras. De hecho, en las sinagogas se hacía todos los sábados. El problema era que muchas veces se hacía de una manera solo formal, externa, rutinaria... y aquello sonaba mal. Como falso. Cristo en cambio, es capaz de sacar de la Palabra de Dios toda su fuerza salvífica. Interpretándola, cuando lo considera conveniente, con una audacia inaudita: *Han oído ustedes que se dijo esto o lo otro, pero yo les digo...*<sup>2</sup>

Y, además, cuando lo vio conveniente, confirmó con obras maravillosas, con verdaderos *signos*, la autoridad divina con que enseñaba. Nos lo muestra elocuentemente ese formidable *¡Cállate y sal de él!* con el que expulsa al demonio de aquel pobre infeliz que estaba poseso.

Jesús enseña con autoridad. Una autoridad, comentaba Benedicto XVI, que no es la de la posesión de bienes materiales, del poder político, de la fuerza física o del éxito, sino la autoridad del amor, del servicio, de la humildad...<sup>3</sup> Eso es lo que hace que sus palabras calen tan hondo en sus oyentes. Que los conviertan y entusiasmen: *Todos quedaron estupefactos y se preguntaban: ¿Qué es esto? ¿Qué nueva doctrina es esta?*

3. Cristo, nuestro Salvador, además de sacerdote y rey, es profeta. El más grande de todos. Y habla con una autoridad divina revelando cosas que estaban ocultas desde la creación del mundo. Su ministerio profético fue el cumplimiento del antiguo anuncio que escuchamos en la Primera lectura: *Yo haré surgir en medio de sus hermanos un profeta como tú* –había dicho el Señor a Moisés-. *Pondré mis palabras en su boca y él dirá lo que le mande yo*<sup>4</sup>.

---

<sup>1</sup> Evangelio, *Marcos*, 1, 22.

<sup>2</sup> *Mateo*, 5, 21.

<sup>3</sup> Cfr. BENEDICTO XVI, *Angelus*, 2012.

<sup>4</sup> Primera lectura, *Deuteronomio*, 18, 18.

El Señor anuncia la llegada del Reino de Dios, la liberación y salvación de todos los hombres. Con una predicación infatigable, de pueblo en pueblo, dirigiéndose a todo tipo de personas, va revelado el gran secreto del amor de Dios: Que todos somos hijos muy amados del Padre Celestial.

4. Y esa gran tarea la confió también a sus discípulos, a toda la Iglesia. Cuando se despidió de sus discípulos les mandó: *Vayan por todo el mundo y prediquen el Evangelio a toda creatura*<sup>5</sup>. Una tarea que no solo compete a los obispos, sacerdotes o religiosos, sino a todos los cristianos. *Evangelizar, enseñaba Pablo VI, constituye la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, para ser canal del don de la gracia de Dios*<sup>6</sup>.

Y san Juan Pablo II, refiriéndose en particular a los laicos, a los simples fieles, lo que son cada uno de ustedes, queridos hermanos, decía: *La participación en el oficio profético de Cristo (...) habilita y compromete a los fieles laicos a acoger con fe el Evangelio y a anunciarlo con la palabra y con las obras, sin vacilar en denunciar el mal con valentía. Unidos a Cristo, el gran Profeta (...) los laicos son igualmente llamados a hacer que resplandezca la novedad y la fuerza del Evangelio en su vida diaria, familiar y social*<sup>7</sup>.

San Josemaría lo propuso incansablemente a todo tipo de personas: *Óyeme bien* -decía en una ocasión- *si luchas, con la gracia de Dios basta (...) y ayudarás a la Iglesia en el campo donde se libra hoy la batalla: en la calle, en la fábrica, en el taller, en la universidad, en la oficina, en tu ambiente, en medio de los tuyos*<sup>8</sup>.

Hace unos años me contaron de una reunión y comida de trabajo que unos hombres de negocios tuvieron en Nueva York. Al terminar, cuando cada quien se dirigía a su casa, dos de ellos pasaron junto a una iglesia católica abierta. Entonces uno le comentó al otro que todos los días tenía la costumbre de visitar brevemente al Santísimo Sacramento, que si quería acompañarlo. Su amigo, respetuosamente, le contestó que prefería esperarlo afuera. Cuando al poco rato salió, le preguntó, medio en broma medio en serio: *-Y qué, ¿te dijo algo?* El otro respondió. *-Pues sí. Me dijo que te espera.* Conforme fueron pasando los días, esta respuesta, *me dijo que te espera*, caló tanto en su alma, que terminó buscando a un sacerdote para conversar largamente de su situación espiritual y reconciliarse con Dios.

5. Miremos a Cristo con cariño y admiración y aprendamos de Él a difundir el Evangelio con el ejemplo y la palabra. La Virgen María, Reina de los profetas y Reina de los apóstoles, nos ayudará a que esa labor dé fruto abundante.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 27 de enero de 2018

---

<sup>5</sup> Marcos 16, 15.

<sup>6</sup> BEATO PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, n. 14.

<sup>7</sup> SAN JUAN PABLO II, Ex. Ap. *Christifideles laici*, n. 14.

<sup>8</sup> SAN JOSEMARÍA, *Surco*, n. 14.

